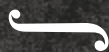


Capítulo cuatro



Reflexiones filosóficas sobre las

“Malas Palabras”

La domesticación de la desmesura
y la metafísica de las groserías

Jhonan Jacob Ramírez Murillo

Introducción

Pensar que se logra lastimar la sacralidad de “tema sublimes” con la transgresión del lenguaje coloquial, de palabrerías presuntamente indignas, evidencia un cierto terror a la autenticidad. El rictus de quienes no soportan escuchar expresiones como “metarrelato” e “hijueputa” en una misma oración es fruto de cierto grado de alienación. Pues uno, cuando está lleno de la necesidad de desbordarse, de mostrarse a sí mismo, termina reencontrándose con el primigenio instante en que aprendió a experimentar el mundo en palabras. Por ejemplo, para algunos, vino primero “vaina” que “tópico”. Y así, con el grado suficiente de emoción, para esas personas aparecerá “vaina” en la descripción más sincera sobre un tema apasionado, por lo menos en sus soliloquios. Esto también aplica para las groserías, dicho sea de paso, que son las que nos interesan particularmente. Pues estas, como intentaré mostrar, no solo son elementos indispensables para la autenticidad del pensamiento (dado que son coloquialismos), también revelan el yo más profundo en una peculiar relación con lo infinito, con lo absoluto. Y sí, en este ensayo defenderé la necesidad de tener una cierta actitud que permita entremezclar “malas palabras” con la filosofía y mostrar que dicho grupo de palabras tienen una función poética-metafísica y filosófica en una estrecha relación con la desmesura.

El desarrollo del argumento de este escrito se dará en tres momentos. Primero, se presentará una caracterización de las groserías o “malas palabras” a partir del rasgo común que tienen en el trasfondo todos los usos posibles de las groserías en su función pragmática. Segundo, se expondrá una noción analógico-teórica de las palabras como una suerte de domesticación de experiencias sobre el mundo, externo e interno. Tercero, se vinculará la idea de “desmesura” con “autenticidad” y estas dos con una poética-filosófica de las groserías.



La señal con el dedo medio ya aparece en Las nubes de Aristófanes. Si bien no es una palabra, refleja significativamente un tipo de “grosería” o lenguaje inadecuado vulgar. Collage del artista visual Klawe Rzczy. Tomado de: <https://www.behance.net/gallery/93665769/various-posters/modules/541228533>

Una definición de las groserías (o malas palabras)

Existen un conjunto de expresiones lingüísticas con rasgos y usos comunes, este tipo de expresiones suelen ser designadas con términos como: groserías, palabrotas, malas palabras, palabras soeces, insultos, entre otros. Las groserías o “malas palabras” son un tipo de expresiones con un rasgo particular: suelen estar “prohibidas” o ser consideradas “fuertes” y generar rechazo. Así es, las groserías son un conjunto de palabras o expresiones que se consideran tabú en tanto que se oponen a los modales o las buenas formas. Hacen parte de lo descortés, de lo inadecuado, mal educado y falta de “principios”. Su uso transgrede lo convenido socialmente. A pesar del veto, estas palabras siguen teniendo una función social, es decir, sigue funcionando en contextos sociales con significaciones concretas. Por más prohibidas que puedan estar, las groserías tienen usos sociales en contextos profundamente vinculados con la naturaleza humana. En términos pragmáticos se pueden asignar unos usos específicos para las groserías: ofender, acercar amigos en familiaridad, romper el hielo, expresar emociones fuertes de descontento o agrado, etc. Si bien, este grupo de expresiones lingüísticas tienen la particularidad de ser consideradas descorteses, también tienen un uso social bajo el cual, en contextos de aproxi-

mación y familiaridad permiten una suerte de vínculo especial entre los hablantes. Así, si pensamos en las funciones pragmáticas de las malas palabras, estas podrían resumirse en cuatro: (1) ofensas (2) rompimiento del hielo en ambientes de familiaridad (3) expresión de sentimientos fuertes como dolor, placer o satisfacción y (4) desublimación y ridiculización.

A continuación se presentarán algunos ejemplos de las clases anteriormente mencionadas a partir de la palabra “hijueputa”, muy popular en los colombianos:

(1) Hay sinfín de ejemplos, quizá los más inmediatos e intuitivos, de cuando se piensan en la palabra “hijueputa” para ofender. Es muy famoso el caso de un ciudadano colombiano que fue viralizado por la cantidad de veces que pudo pronunciar la palabra “hijueputa” con diferentes sonoridades en medio de una discusión en las calles de Bogotá. El propósito evidente del uso de esta palabra era con el fin de causar ofensa en sus interlocutores (ver en youtube: Perro Jijueputa Reeditado DIVERTIDÍSIMO).

(2) La grosería “hijueputa” es usada comúnmente en ambientes de familiaridad o camaradería para romper el hielo, se encuentra en situaciones como saludos entre amigos. Es famoso un audio que circulaba especialmente por whatsapp en donde se saludaba con “hijueputa” de manera muy efusiva (ver en youtube: Que dicen los HIJUEPUTAS)

(3) Para el caso expresivo hay muchos sentimientos que pueden estar tras la palabra “hijueputa”. Circula por las redes el video de una niña que grita de emoción “gol hijueputa” en un partido de la Selección Colombia sorprendiendo a su familia . La actriz porno Esperanza Gómez es famosa por usar la palabra “jueputa” (un diminutivo más de “hijueputa”) como expresión de excitación sexual .

(4) La desublimación o ridiculización si bien tiene un gran parecido de familia con la ofensa, la intención final es intentar que algo o alguien pierda su carácter serio, respetable o sagrado, como también conferir una forma ridícula a algo o alguien. Fernando Gonzalez Ochoa, el filósofo de la autenticidad hablaba del “com-

plejo de hijo de puta” para referirse al fenómeno de la imitación europea desde Latinoamérica. Jaime Garzón, bajo el personaje de Heriberto de la Calle, fue entrevistado en diciembre de 1998 en el programa Yo José Gabriel. Al periodista, crítico de la cultura, activista y comediante satírico asesinado le preguntaban lo que sentía por las críticas que recibía por decir tantas groserías, a lo que respondió: “este país se escandaliza porque uno dice hijueputa en televisión, pero no se escandaliza cuando hay niños limpiando vidrios y pidiendo limosnas. Eso sí no, eso es folklore”

Debe considerarse, entonces, por qué usos tan distintos de las malas palabras, desde la ofensa hasta la expresión de confianza y camaradería podrían funcionar. Si se piensa en detalle, habría un rasgo constitutivo, una experiencia similar que atraviesa todos los usos diferenciados de las groserías. Esta consiste en una experiencia de desmesura, de extralimitación. Es una relación de ruptura con los límites. Por ejemplo, cuando se ofende a alguien, se trasgreden las normas sociales o de cortesía. Al expresar enojo con una grosería por un golpe en el dedo pequeño del pie, alguien está, de cierta manera, expresando una inconformidad con los límites del mundo que le acaecen, le obligan y se imponen. Quien entre amigos lanza un “putazo” sencillamente está desbordado de sí mismo, se aproxima al otro, se hace íntimo abandonando los límites del formalismo, esta “extralimitado”, lo mismo sucede con la función expresiva del “qué rico hijueputa” que acompaña un orgasmo a la “criolla”, es un “desbordamiento de sí”. En resumen, los diversos usos de las groserías están relacionados con la extralimitación. Bajo esta idea, quiero mostrar que hay cierto vínculo con la exaltación del yo que se muestra en su autenticidad con estas extralimitaciones que aparecen en el lenguaje grosero o soez.

En principio, lo que es considerado ruin y bajo, las formas comunicativas menos ideales son hechas palabra en groserías. Y efectivamente las palabras no son vetadas en vano, la condena de las palabras se realiza en tanto que estas constituyen en sí misma una experiencia que se considera peligrosa para los principios de vida buena, que exige respetar los límites o el de aquellos que detentan el poder. Significan: representan y expresan experiencias que atentan contra los principios de convivencia o del poder. Las groserías tienen en términos semánticos una carga fuerte. Pero ¿cómo es posible que una grosería sea

usada para ofender, pero al mismo tiempo para acercar a los amigos, para “romper el hielo”? por un cierto vínculo con la autenticidad. Sea la autenticidad del conflicto o de la amistad, en ambos contextos nos encontramos con situaciones que evidencian la aparición del sí mismo que está extralimitado. El “mostrarse a sí mismo” juega un papel fundamental en la experiencia concreta de todos los usos de la grosería. Es común entender un estado de ira como “salirse de sí”, pues se entiende que el “sí mismo” conserva unos límites necesarios frente a los otros, y un “exceso de sí” es peligroso. En este sentido las groserías tienen un matiz importante: aquí la autenticidad se entiende como aquella que está ligada a la efervescencia del “dejarse llevar”, no a las formas sociales. Quienes usan groserías en contextos “inadecuados” tienen una actitud de ruptura. Pero, hay un entrecruzamiento interesante cuando lo descortés, lo vetado del uso de la grosería es aceptado en ciertos contextos comunicativos. Piénsese en la costumbre colombiana, ya mencionada, de celebrar un gol con “apellido” ¿qué tienen de particular las situaciones en donde la grosería está permitida? Sin duda la desmesura y la extralimitación. Las groserías se usan cuando “se sale de sí”, sea discutiendo, teniendo sexo, o celebrando un gol. Es la unidad semántica mínima, más reducida posible de la desmesura. El uso de groserías es una forma de domesticar las experiencias ligadas a la desmesura y la extralimitación.

South Park, la famosa serie nortamericana usa las groserías con muchísima regularidad buscando principalmente (más desde un punto de vista discursivo/narrativo que pragmático) la desublimación y ridiculización de muchos valores culturales. Imagen tomada de <https://www.europapress.es/tv/noticia-wismichu-loulogio-otros-youtubers-ponen-voz-south-park-20141008162720.html>



Las palabras como un ejercicio de domesticación

Aprender a experimentar el mundo en palabras es una vivencia similar a la domesticación. Piénsese, por ejemplo, en aquella sorpresa primaria, asombrosa de ver un objeto desconocido que se mueve, respira, tiene pelos, ladra y es amigable (o peligroso) que termina “atrapada” o “domada” en la “sencillez” de una palabra: “perro”. Incorporar las experiencias a la subjetividad por medio de las palabras se constituye en una suerte de ejercicio de creación de proximidad, aquello desconocido termina incorporándose a la familiaridad. Por eso el salvaje, aparte de no compartir hábitos “civilizados” es caracterizado por la escasez de palabras, los griegos creían que los bárbaros “balbuceaban”, el salvaje no tiene palabras, se las desconocen de entrada. Una vez emergen los usos de algunas palabras, con el tiempo y las condiciones normales, aparecen términos más complejos que requieren mayor abstracción, como “molécula”, “recesión”. También el uso de palabras con significaciones compuestas muy complejas, como en el sarcasmo en donde se dice con otras palabras de manera indirecta algo a través de los actos de habla indirectos. Unas las aprendemos con los padres, otras con amigos, otras en el colegio y la Universidad. Muchas palabras se aprenden porque se quieren aprender, otras porque nos vemos obligados. Pocas personas aprendieron la palabra isótopo con el mismo misterio domesticador.

En relación a las groserías, piénsese en el caso específico de su uso bajo la experiencia amistosa. Hay una evidencia de que se aprendió a domesticar los excesos, cada uno de los amigos aparece irrumpiendo en un sentido de desmesura: se expresan los límites propios de un acercamiento riesgoso pero manejado, como cuando se sabe que existe la suficiente confianza para llamarle a alguien “hijueputa” sin que sea una ofensa, como cuando se expresa “¡yo quiero mucho a este hijueputa!”. Pero no toda la familiaridad de las experiencias es positiva. Los seres humanos también tenemos miedos, odios, desprecios, incertidumbres. Todas estas experiencias negativas también se nos pueden presentar como familiares a través del lenguaje y el uso de las palabras.

Ahora bien, si una palabra fue la primera forma de domesticar al mundo, esto no significa que no existan otras maneras. Bueno, usar palabras tiene una diferencia evidente con la doma de caballos, por ejemplo. Pues como

seres humanos nos transformamos, por supuesto. Pero las palabras primarias nos seguirán de cierta forma. Frente a la ya mencionada experiencia de domesticación vale la pena considerar a Victor Hugo y las apreciaciones que realiza sobre el calor en Francia, como una lengua de la miseria.

Si ha quedado claro que las palabras son usadas para significar, y entendiéndose por esto, familiarizar, domesticar experiencias ¿qué experiencia es atrapada, hecha familiar o domesticada en una grosería? Como ya mencionamos, las groserías son inicialmente trasgresión de los límites. Sin duda esto tiene un factor convencional importante que depende de la lengua. A los colombianos nos les podría parecer ofensivo “hijo de la chingada” y a los españoles “gonorrea” como un apelativo ofensivo. Quiero ir más allá de las convenciones y examinar un uso general de las groserías. Como ya he mencionado la transgresión es indispensable. El lenguaje vulgar gira en torno a lo que no debe ser dicho, son las palabras que per se pueden ofender en su uso, y no se necesita tener poder para este tipo de ofensas. Usted puede humillar a alguien al recordarle que depende de su persona económicamente, pero una grosería no cuenta con una historia compartida de trasfondo, no enuncia una verdad que ofende: la grosería atrapa lo difícilmente comprensible: salirse de sí mismo. Aparecen cuando ya no hay nada más por decir.

De acuerdo a lo anterior, quiero mencionar el punto clave y quizá más controversial: la grosería domestica una experiencia poética de desmesura, de rebeldía, es el grito de Job a Dios por sus desprecios. Golpearse el dedo gordo del pie no solo se putea por expresar dolor, va más allá de eso: frustración, desproporción. Hay desbordamiento, enfrenamiento con los límites, un yo expandido, un yo absoluto que se impone. La frustración frente a los límites impuestos, accidentales y la realidad como sentimiento de desmesura absoluta. De aquí que la experiencia de la extralimitación encuentra en el género de palabras groseras la unidad mínima semántica. Aquí quiero arrojar de la manera más concreta posible esta suerte de tesis lingüística intuitiva: la unidad semántica mínima que significa siempre desmesura y extralimitación son las groserías.

Hay una evidente relación constitutiva de una grosería, de una vulgaridad, con las pasiones. Aquello que los griegos llamaron Hybris, esa desmesu-

ra, sobretodo en su primera acepción como desproporción frene a los límites fijados por los dioses, puede “atraparse” en la grosería. No es en vano que gran parte de los términos usados para las groserías provengan de lenguaje sacrílego (Pinker, 2019) La expresión comunicativa más desproporcionada es, en cuanto a término o signo, una grosería. Es cierto que se puede ofender al prójimo con sarcasmos, o tan solo siendo lo suficientemente sincero y poco asertivo y eso se tomará como una desproporción. Estas palabras funcionan para atrapar en una intención todo lo desmesurado que podamos ser. La vulgaridad, las groserías, son tan fuertes que están vetada, se les prohíbe a los niños. Por supuesto ellos deben aprender a ser mesurados (e inteligentemente desmesurados aunque suene contradictorio) para que vivamos en una sociedad aceptable.

Poética y metafísica de las groserías, una comprensión necesaria desde la disciplina filosófica.

Las facultades de filosofía, como cualquier otra facultad de cualquier disciplina o conjunto de disciplinas, han propendido por el uso de un lenguaje académico que obedece a los proyectos y tradiciones de cada grupo o escuela de investigación. En la fenomenología, la filosofía analítica, la hermenéutica o cualquier tradición filosófica se pueden encontrar una vasta cantidad de tecnicismos que son un logro de la humanidad. Junto al uso de tecnicismos y su riqueza, el lenguaje académico propende por la objetividad evitando un lenguaje emocional y buscando la claridad y la concreción. Las anteriores recomendaciones se inscriben en unas formas de intercambios lingüísticos propios de la academia, sería difícil escuchar en los pasillos de una facultad de filosofía, al menos de manera intencional, expresiones del profesorado como “esa teoría de la deferencia de los estados mentales es una hijueputa chimbada” o “marica, Aristóteles tenía pútamente clara la relación entre taxonomía y lógica, qué gonorra”. Lo anterior se sobreentiende cuando en la ética de la comunicación, las normas y el deber indican que una grosería no guarda los parámetros de una discusión respetuosa, crítica y democrática.

Más allá de las problemáticas comunicativas del lenguaje soez, que en principio se deriva de la connotación semántica fuerte y negativa de las ex-

presiones groseras. Es fundamental notar que también hay una incomodidad en el traslado del lenguaje emotivo a la academia. Mezclar un putazo con tecnicismos (no todos tendrán el verdadero mérito de navegar en ambos mundos) es una muestra de autenticidad, de lo sustancial. Ir más allá de la vanidad, presentar el sello de lo que se es. En ciertas ocasiones, cuando no se tiene más que decir emerge la grosería, pero si se piensa en detalle, a veces sucede lo contrario: cuando se está seguro de algo puede emerger el lenguaje vulgar, pues la grosería es esa palabra que intenta atrapar la pasión más exacerbada. Si se piensa que el signo objetiviza la experiencia individual e intersubjetiva, la grosería objetiviza una experiencia de desmesura en donde el yo aparece con suficiente fuerza. He aquí un asunto de personalidad, en este sentido, llevar la grosería a la academia puede ser hablar con sinceridad en muchos casos. En un contexto de camaradería y proximidad entre filósofos sería más fácil escuchar en los pasillos los ejemplos que se habían mencionado de la facultad de filosofía.

Deshumaniza una sociedad que esconde las groserías: no reconoce el absurdo de ser seres con impulsos desaforados en un mundo limitado por leyes físicas y normas sociales. Quizás en todo esto haya un temor a entusiasmarse con las ideas, pues alguien que dice groserías está, quizá, muy arraigado a ellas. Pero retomo la idea de domesticación. Por exagerado que pueda sonar, una grosería bien usada es un ejercicio espiritual y en este sentido una suerte de noción metafísica primigenia. Las groserías, no son otra cosa que pasiones exacerbadas canalizadas en un objeto “mágico” (palabra), que funciona, a la vez, como chivo expiatorio y medio comunicativo con el misterio. Cuestión que guarda cierta relación con las ideas de la filósofa Julia Kristeva (2004) con la abyección y con la idea de sacrificio y chivo expiatorio del historiador René Girard (1986 y 2005). Las groserías guardan una conexión con lo abyecto porque, a juicio de Kristeva, en la comunicación verbal también se puede manifestar lo repulsivo, “pero al mismo tiempo, solo el verbo purifica lo abyecto” (Kristeva, 2004, pág. 34). La abyección representa la caída del sujeto y del objeto, y que de alguna manera libera al individuo en un acto de habla, aquello que en una pulsión rechaza, como en la poesía de Artaud: “Pues por más mierda que parezca, yo soy este Artaud crucificado en el Gólgota, no como Cristo sino como Artaud, es decir como ateo hecho y derecho” (Artaud citado por Kristeva, pág. 39).

Como se ve la grosería es una pulsión liberadora, una especie de sacrificio que permite liberar al ser humano de cierta negatividad en un acto de habla. Lo que nos lleva a vincular el tema de las groserías por un lado con la idea de chivo expiatorio y la idea de sacrificio en Girard. Para el historiador francés, la idea chivo expiatorio está cargada de violencia simbólica, y presente en todos los hombres, llevando tarde o temprano a la violencia general, no de manera concreta, sino difusa. Esta violencia difusa la podríamos ver simbolizada en las malas palabras al cual acude el ser humano para salir al paso de una situación compleja que lo rebasa. En la que al mismo tiempo se lleva a cabo un sacrificio para domesticar las pasiones que arremeten al individuo.

En este sentido las groserías pueden ser un auténtico ejercicio espiritual, lo que nos debe llevar a desconfiar de una sociedad que oprima las vulgaridades, pues esto nos deshumaniza. Una sociedad intolerante en demasía a las groserías es muy probablemente que sea una sociedad opresiva y orientada a la estandarización. La desublimación es siempre importante en el discurso filosófico y es una experiencia muy propia de Latinoamérica y sus formas de hacer filosofía, piénsese en el caso de Fernando González Ochoa. Efectivamente la argumentación tiene como principios evitar un lenguaje emotivo, pero a mi modo de ver, evitar del todo la emotividad y las groserías pueden desnaturalizar la filosofía como un ejercicio de descubrimiento individual, con formas propias de cada pensador.

Para cerrar, puede decirse que cuando algunos aprendimos a decir “hijueputa” nos dimos cuenta cómo se cae en ese preciso momento. Pues por más que uno pueda leer a Borges, por ejemplo, elucubrado y extasiado por la belleza universal de las grandes palabras de la literatura, pueda que se termine encontrando irremplazable ese placer de decir “hijueputa”, ese goce estético de rebelión contra el mundo o de exceso de nosotros mismos y nuestros goces. A veces solo con la “vulgaridad” y su fuerza coloquial nos reconocemos a nosotros mismos, pues las groserías funcionan como la primera forma de domesticación de la desmesura, del exceso de nosotros.

Referencias bibliográficas

Girard, R. (1986). *El chivo expiatorio*. Barcelona: Anagrama.

Girard, R. (2005). *La violencia y lo sagrado*: Barcelona: Anagrama.

González, F. (2020). *Los negroides: ensayo sobre la Gran Colombia*. Universidad EAFIT.

Hugo, V. (2015). *Los Miserables*. Asunción, Paraguay: El Lector

Kristeva, J. (2004) *Los poderes de la perversión*. México: Editorial Siglo XXI.

Pinker, S., Wolff, D., Diamond, M., Pollen, M., Watters, E., & Reverman, A. (2019). *The stuff of thought: Language as a window into human nature*. Penguin.

Searle, J. R., & Villanueva, L. M. V. (1977). Actos de habla indirectos. *Teorema: Revista internacional de filosofía*, 7(1), 23-53.

Wittgenstein, L. (2021). *Investigaciones filosóficas*. Trotta.

Mockus, A. (1994). Anfibios culturales y divorcio entre ley, moral y cultura. *Análisis político*, (21), 37-48.

Weston, A., & Seña, J. F. M. (1994). *Las claves de la argumentación*. Barcelona: Ariel.